

LIB
www.SOMOSRIVER.com

LIBROS
SOS MIVIDA

ANDRÉS BURGO

ESTE ES EL FAMOSO RIVER 125 AÑOS

HISTORIAS DESCONOCIDAS DE
TÍTULOS, JUGADORES, CAMISETAS,
HINCHAS, BANDERAS Y CANCIONES

 Planeta

ANDRÉS BURGO

**ESTE ES EL
FAMOSO
RIVER
125 AÑOS**

HISTORIAS DESCONOCIDAS DE
TÍTULOS, JUGADORES, CAMISETAS,
HINCHAS, BANDERAS Y CANCIONES

1

Amigos, una pelota, una cancha

El primer requisito para fundar un club es —a diferencia de una sociedad anónima que se constituye con accionistas— un grupo de amigos. El segundo, un objeto que ahora resulta una obviedad pero que hace 125 años era muy difícil de conseguir, una pelota. Y el tercero, algo que en cambio sobraba en aquella Buenos Aires de principios de siglo XX, un terreno para jugar.

Todo el resto, por ejemplo, acordar el nombre del equipo o el color de la camiseta, conseguir los palos para armar los arcos, instalar un cartel que anuncie la bienvenida a la cancha, levantar una casilla para que se cambien los jugadores, construir una tribuna para que los simpatizantes no tengan que treparse a la copa de los árboles para ver los partidos o disponer de palomas mensajeras que difundan los resultados, son avances que llegarían en los años siguientes, cuando las partículas del Big Bang de River Plate ya habían comenzado a esparcirse y darle forma al sistema de gravedad rojo y blanco dentro del que nos movemos millones de personas en Argentina y el mundo.

Pero nuestra historia, antes de ser multitudinaria e inabarcable, comenzó de a pocos y bien concentrada: entraban todos en un bote. O, puesto que todo lo que le ocurrió en el pasado a River también nos pertenece a las generaciones actuales —así como a los hinchas de los próximos 50 o 100 años les será propio el River actual—, entrábamos todos en un bote.

En los meses iniciales del siglo pasado, tres chicos menores de 15 años, Leopoldo Bard, Enrique Salvarazza y Enrique Balza, visitaban cada domingo al administrador de la carbonera Wilson Sons & Co, un inglés de nombre Alberto Jacobs, en los depósitos que la empresa tenía en el lado este de la Dársena Sur, una geografía portuaria que en la actualidad se conoce como Isla Demarchi y que forma parte del barrio de La Boca, aunque suele ser confundida como parte de Puerto Madero. El viaje constituía una aventura para quienes vivían en otras zonas de la ciudad: a bordo de tranvías que todavía no eran eléctricos, los muchachos salían desde Plaza de Mayo y llegaban hasta el final del recorrido, un galpón destinado al zinc en el último edificio de la Aduana, ya cerca de la desembocadura del Riachuelo, desde donde a su vez se subían a un bote para atravesar los diques.

Uno de esos fines de semana, Bard llevó una pelota de goma grande para que entre amigos jugaran en los enormes baldíos que se desplegaban por detrás de la carbonera, contiguos al Río de la Plata. Podría haber sido una diversión de una única vez pero la pasaron bien, repitieron otro domingo, reemplazaron esa pelo-

ta de goma por una de cuero cosido a mano y poco a poco se sumaron nuevos muchachos, nunca más de 30 y ninguno mayor de 15 o 16 años, varios de ellos estudiantes de la Escuela Industrial de la Nación y del Colegio Nacional del Oeste, hoy Mariano Moreno. En su mayoría eran argentinos descendientes de inmigrantes, como Bard —hijo de austríacos—, aunque también había extranjeros, como Isidoro Kitzler, oriundo de Bombay, la India británica. Juntos tenían un desafío: proteger esa pelota, llevarla de regreso, guay de que no se pinchara o se cayera al río.

Los balones de la época, de tiento y con una vejiga interior que funcionaba como cámara, eran fabricados manualmente por la marca King y costaban 8 pesos. A los pibes no les sobraban las monedas —más bien lo contrario— pero cada tanto recolectaban lo suficiente para comprar otra *ball* que, eso sí, debía durarles mucho tiempo. Sus limitaciones económicas les impedían adquirir un inflador, llamado en aquel momento *pasatiento*, por lo que para restaurar una pelota herida debían apelar al ingenio e improvisar con una horquilla. Hoy, que desde hace décadas somos un club *sui generis*, único en la especie —el de más temporadas, partidos, victorias, puntos y títulos en Primera División, identificado con el mejor fútbol del país, base histórica de la Selección, con récord de socios y semillero de la mayoría de los cracks argentinos reconocidos en el mundo—, perder una pelota es insignificante, pero entonces suponía una amenaza para nuestro destino. «Inflar la pelota y pasar el tiento era toda una tragedia»,

relataría el propio Bard, ya en 1943, durante una entrevista para la revista partidaria *Banda Roja* en la que también reconstruyó cómo hicieron la primera cancha. O, puesto que todo lo que le ocurrió en el pasado a River también nos pertenece a las generaciones actuales —así como a los hinchas de los próximos 50 o 100 años les será propio el River actual—, cómo hicimos nuestra primera cancha.

Aquellos potreros en los confines de Buenos Aires no eran de nadie sino de todos, es decir de los primeros que los ocuparan. Estaban, eso sí, colmados de cardales, tréboles, montículos de tierra, tachos y escombros que cada domingo por la mañana debían ser desmalezados por los mismos jugadores. Los primeros arcos fueron improvisados con dos piedras y un par de sacos hasta que Bard le pidió a un señor de apellido Duque, uno de los directores de la carbonera, que le cediera unos postes que había divisado en los galpones. Los jóvenes cavaron unos pozos, instalaron esos palos y cada domingo, al finalizar la jornada de *football*, los guardaban en los depósitos de Wilson Sons & Co. Al irse, también, cubrían los orificios con piedras y volvían a destaparlos en su regreso a los siete días. El travesaño se resolvía de manera más endeble, con una soga tendida, pero los requisitos primarios —un grupo de amigos, una pelota y una cancha— ya estaban cumplidos para el paso siguiente: «Como llegó a entretenernos y nos gustó a todos, proyecté la fundación de un club. Les gustó a estos dos [Salvarezza y Balza], a Jacobs e invitamos a otros compañeros. Ahí nació el club Santa Rosa.

Me tocó ser el primer presidente y el primer capitán de esa institución», reconstruyó Bard, en referencia a un nombre inspirado en Santa Rosa de Lima, la primera persona americana canonizada por la Iglesia Católica.

En simultáneo, no muy lejos de la Dársena Sur, también en el barrio de La Boca, otra banda de amigos que también contaban con una pelota —deshilachada, llena de cicatrices, pero suficiente para jugar entre ellos o contra los marineros ingleses que deambulaban por el puerto— decidieron darle una mínima organización a su cuadro: elegir un nombre y una camiseta para enfrentarse a rivales del resto de la ciudad. Como los grandes inventos, no ocurrió a partir de una asamblea convocada exprofeso sino de imprevisto: en una de sus habituales juntadas sobre la vereda de Almirante Brown al 927, enfrente de la imprenta Gentile —propiedad de Francisco, el padre de uno de esos chicos, Severo—, 14 muchachos estaban reunidos informalmente cuando alguien dijo «formemos un *clú*» y el resto se entusiasmó. También eran hijos de inmigrantes, pero de sus apellidos se desprende un predominio casi exclusivo de italianos y españoles.

Uno de los jóvenes, Bernardo Messina —el único que tenía botines de *football*—, sugirió de nombre Juventud Boquense en honor al barrio de pertenencia, pero ganó La Rosales, una propuesta de otro de los muchachos, Carlos Antelo, en tributo a las víctimas de la torpedera de mar que había naufragado en 1892 enfrente de la costa uruguaya, una de las grandes infamias de la Armada Argentina —murieron casi to-

dos los tripulantes y sobrevivieron la mayoría de los oficiales—. Los amigos también decidieron que jugarían con una camiseta celeste, de tela satinada, un brillo —no el color— que varias décadas después sería evocado con amargura por Messina, que diría con la lógica de su época, pero también con un pensamiento que sería atemporal en el fútbol, siempre prescindente del género femenino, minimizándolo, invisibilizándolo o ridiculizándolo: «Me daba una rabia andar con la camiseta de raso, me parecía cosa de mujeres, pero se había resuelto así».

Aunque el nombre, la camiseta y la tela eran, en todos los casos, acuerdos de palabra, sin actas oficiales, a los pocos días los muchachos igual comenzaron a registrar su rudimentaria contabilidad en un cuaderno marca San Martín al que le rotularon «La Rosales» en la tapa. Allí anotaron sus precarias pertenencias —esa pelota remendada, un inflador, una cámara con 14 parches y unas monedas, que no llegaban a un peso— hasta que el primer tesorero, para llamarlo de alguna manera pomposa, dejó de acudir sin previo aviso y nunca devolvió el libro ni el pequeño caudal.

A diferencia de los amigos de Santa Rosa, los muchachos de La Rosales disponían de un inflador, pero todavía no tenían cancha propia y el primer domingo posterior a su fundación salieron a rastrear unos potreritos cercanos, aunque no de tan sencillo acceso: también desde La Boca debían cruzar un puente o tomar un bote para sortear la lengua de agua que separaba a la Dársena Sur del resto de la ciudad. Como Buenos Aires

bullía de cuadros que nacían pero que en la mayoría de los casos se disolvían enseguida, Bard, Salvarezza y el resto de los integrantes de Santa Rosa se sorprendieron cuando 100 metros al norte de su baldío, separados por unos pequeños montículos, otra pandilla de amigos comenzaba a repetir cada domingo una rutina similar a la de ellos: llegaban, limpiaban el abrojal, jugaban al fútbol —ese deporte que había descendido desde los barcos con los ingleses pero cada vez más criollo— y maldecían cuando su pelota se caía al río y se alejaba con la marea. Eran los pibes de La Rosales.

En su progreso, los «nuevos» se presentaron otro domingo —el día en que no estudiaban ni trabajaban— con palos de más de dos metros y también construyeron los arcos de su canchita. Varios años después, en 1937, cuando los fundadores de La Rosales —o sea también los nuestros— relataron sus aventuras iniciales en una entrevista para la revista *El Gráfico*, recordaron auto-compasivos que aquellos primeros postes tenían una altura diferente, aunque sin dejar de resaltar la abnegación de cómo los habían conseguido: uno de ellos, Enrique Zanni, fue a la casa de Messina —que estaba en su cuarto aislado, víctima de un cuadro de fiebre tifoidea— a pedirle una colaboración para que los muchachos completaran los 7,50 pesos que costaban los arcos. La madre del chico enfermo no lo quería dejar pasar, pero Zanni insistió e ingresó en la habitación de su compañero de equipo que, desde la cama y casi sin poder hablar, le señaló un bolso en el que tenía unas pocas monedas que finalmente alcanzaron para comprar los palos.

Como Santa Rosa, La Rosales también jugó un puñado de partidos por su cuenta, el primero de ellos contra Estrella Polar, un equipo de amigos de Parque Patricios, pero la fusión entre los vecinos de Dársena Sur se hizo inevitable. Las razones sobran: amistad creciente, conveniencia deportiva, progreso en infraestructura. En medio de las informalidades de la época, el primer registro del nacimiento de River Plate en los diarios fue a mediados de mayo de 1904 y una Memoria y Balance del club de 1909 habla de un «sexto ejercicio» que también redundaría en 1904, pero al menos desde marzo de 1912 —cuando los dirigentes le pidieron al Concejo Deliberante de la Ciudad un subsidio para construir una tribuna para una institución «con más de diez años de antigüedad»— reconocemos y festejamos al 25 de mayo de 1901 como el día en que 46 muchachos de los dos cuadros se juntaron para fundar el club. Diez años después, por ejemplo, el 25 de mayo de 1921, jugaríamos contra Rosario Central un amistoso por nuestro 20º aniversario.

La Navidad de River ocurrió debajo de un sauce cercano a lo que hasta entonces era la cancha de La Rosales, un lugar que en la actualidad —y según una magnífica reconstrucción que el historiador Ricardo Mase publicó en abril de 2024 en la web del Centro de Investigación e Historia del Fútbol— puede ubicarse en una dirección muy poco familiar para cualquier hinchita: Benjamín J. Lavaisse 1326, hoy una explanada de asfalto que funciona como estacionamiento del Depósito Fiscal Buenos Aires (DEFIBA), una empresa

de movimiento de cargas y depósitos aduaneros, a un kilómetro de donde en la década del 90 se instaló el Casino Flotante de Buenos Aires.

Pedro Martínez, hasta entonces del grupo de La Rosales, propuso como nombre River Plate inspirado en algunos de los cajones que se amontonaban en el dique 3 del puerto, donde marineros ingleses jugaban a la pelota. La inscripción pudo haberse referido al destino de la mercadería impreso sobre la madera —«*To the River Plate*», «al Río de la Plata»— o a la denominación de una compañía naviera de la época —The River Plate Company— pero da igual: River se convertiría en una de las palabras que millones de argentinos más repetimos o pensamos en nuestra vida diaria, también de manera elíptica. Alcanza con decir «¿Cuándo jugamos?» o «¿Cómo formamos?» para saber que estamos preguntando cuándo juega o cómo forma River. A su vez Bard, hasta entonces de Santa Rosa, fue elegido nuestro primer capitán y presidente y tramitó ante el Ministerio de Hacienda la oficialización del terreno, el baldío que hasta entonces había usado La Rosales y que, a título precario, costó un 1,50 pesos, o sea más barato que las pelotas y los arcos.

Ya constituidos oficialmente desde el 25 de mayo de 1901 —¿o en verdad habíamos nacido antes, en las primeras reuniones sin fecha de Santa Rosa y La Rosales, puesto que River es un alumbramiento pero también una continuación?—, todo se aceleró. El primer amistoso del que se tenga constancia en diarios: triunfo 1 a 0 ante General Mitre, un *team* de Palermo ya desa-

parecido, el 29 de mayo de 1904. La primera camiseta: blanca, la más sencilla y económica, según explicaría uno de los muchachos en aquel artículo de *El Gráfico* en 1937 —«Como se cambió el nombre (del club) también había que cambiar la camiseta, ¿pero quién convencía a las madres de que era necesario comprar o hacer distintos colores? Se resolvió que fuera blanca, que ya teníamos para uso diario»—. La primera fotografía con la banda roja: una cinta de ese color en diagonal y enganchada con alfileres para diferenciarnos del rival, la 4ª División de Villa Devoto, en un torneo multideportivo realizado en ese club en octubre de 1904, aunque curiosamente no registra una acción de fútbol sino de cinchada, entonces una disciplina incluida en los Juegos Olímpicos. La imagen fue publicada por la revista *Pulgarcito* pocos días después del evento, pero se trata de un hallazgo relativamente reciente del historiador Patricio Nogueira, lo que comprueba que no solo el futuro es incierto: también el pasado.

Más diapositivas en blanco y negro de un progreso continuo, hacia el infinito. La afiliación a la AFA, entonces llamada Argentine Football Association: con la Primera División ya jugándose desde 1893, nuestros muchachos podían anotarse en cualquiera de las dos categorías del Ascenso, la Segunda o la Tercera, pero para arrancar paso a paso eligieron la menor de ellas. El debut oficial: el 30 de abril de 1905 ante Asociación Atlética de Medicina con muchos de nuestros fundadores entre los 11 titulares, entre ellos Bard. No había tácticas ni puestos fijos y todos podían jugar de todo,

a veces corriendo casi anárquicamente detrás de la pelota, pero nuestro primer presidente y capitán era algo parecido a un mediocampista. Perdimos 3 a 2 contra un rival que aportó como árbitro asistente —cada equipo debía llevar uno— a Bernardo Houssay, el futuro premio Nobel de Medicina que en el enfrentamiento por la segunda rueda, ya como jugador, nos convertiría dos goles para una nueva caída 3 a 2, en ambos casos en Tercera Liga.

Más telegramas retro. Nuestro primer rival al que ya nunca dejaríamos de enfrentar: Gimnasia La Plata, que nos aplastó 10 a 1 el 9 de julio de 1905, una excepción en medio de muchos equipos a los que enfrentamos ese año y también en 1906, cuando nos anotamos ya en Segunda, que pronto se disolverían o dejarían el fútbol, como Villa Ballester, Catedral al Norte o Colegio Militar. Nuestra primera mudanza: en 1907, una publicación en el Boletín Oficial por pedido del Ministerio de Agricultura y la Dirección del Puerto nos conminó a dejar la Dársena Sur para que una empresa, luego conocida como Swift, que tenía su embarcadero en el dique 1, pudiese alojar en nuestro terreno al ganado que luego sería subido a los barcos para exportación. Aunque buscamos baldíos por La Boca, nos tuvimos que trasladar a Sarandí, que quedaba lejos geográfica y sentimentalmente. Los primeros hinchas que habían empezado a seguirnos en la Dársena dejaron de acompañarnos tras la mudanza al partido de Avellaneda, indiferentes incluso a una buena campaña que terminó con el subcampeonato detrás de Nacional de Floresta,

en 1907. Alertados de que debíamos regresar a la Dársena Sur o River corría riesgo de desintegrarse —casi un ultimátum similar a cuando Bard y sus amigos de Santa Rosa perdían una pelota—, los muchachos volvieron a recorrer la zona portuaria, cuando advirtieron que la compañía ganadera nunca había ocupado los terrenos que el Ministerio de Agricultura les había asignado, por lo que en 1908 —sin pedir permisos municipales, de prepo— volvimos a nuestra cancha original. Sería, además, en el año del ascenso a Primera División, coronado con un espectacular 7 a 0 a Racing.

Ya con la vuelta a nuestra geografía inicial y en Primera, se acercaron hinchas nuevos y los diarios publicaron instrucciones de cómo llegar a nuestra cancha en los días de partido: «Desde el centro de la ciudad tomar el tranvía 41 “Boca combinación Dársena” y bajarse en el dique 1, cruzar el puente y caminar seis cuadras al sur» o «Tomar el tranvía del puerto, bajándose frente al último galpón de la dársena; deberán cruzar con un bote hasta el local del club de regatas La Marina». Simbolizado también en el retiro de Messina como el último de los fundadores que siguió jugando hasta 1910, dejamos de ser un equipo de amigos y pasamos a ser el de desconocidos que se unían en torno a River. Era hora, entonces, de que nuestro terreno —que también funcionó como la primera sede— mejorara sus condiciones.

Si River es una religión politeísta que en las décadas siguientes canonizaría a diferentes dioses, entre tantos otros y en orden cronológico a Bernabé Ferreyra, el Charro José Manuel Moreno, Ángel Labruna, Amadeo

Carrizo, el Beto Norberto Alonso, Enzo Francescoli, Ariel Ortega y Marcelo Gallardo, lo más parecido a un creador, aun habiendo nacido por una construcción colectiva entre amigos, fue Bard. Encapsularlo como hombre de fútbol, de todas maneras, sería minimizarlo: según reconstruyó en diversos textos el sociólogo y presidente del Museo River, Rodrigo Daskal, nuestro primer capitán y presidente fue un reconocido médico, diputado nacional que presentó proyectos de ley para el voto femenino y la aprobación del divorcio y persona de confianza de Hipólito Yrigoyen, presidente de la Nación de 1916 a 1922 y de 1928 a 1930. Tras el primer golpe de Estado, Bard sería detenido y torturado en diferentes cárceles del país desde 1930 hasta inicios de 1932, mientras River iniciaba su salto definitivo en simultáneo al inicio del profesionalismo.

Pero todavía a comienzos de la década del 10, cuando nos faltaba el envión final para sobrevivir y consolidarnos como un equipo de Primera, el propio Bard aprovechó sus contactos en el Hospital Muñiz, donde trabajaba de interno, para conseguir maderas y carpinteros: así instalamos el primer cartel que daba la bienvenida al club, la primera casilla para que se cambiaran los jugadores y se hicieran las reuniones de dirigentes, y la primera tribuna —pequeña, de 15 metros y 5 o 6 escalones— para albergar a los hinchas que, sin tener otro lugar donde elevarse, debían treparse a la copa de los árboles para ver los partidos.

Permanecimos en la Dársena Sur —y por eso el primer apodo que recibimos, antes que Millonarios y Ga-

llinas, fue Darseneros—, no sin dificultades: en 1913, los tablones de la tribuna se volaron en un ciclón y tuvieron que ser rescatados en el río, hasta que ese mismo año la Dirección del Puerto volvió a desalojarnos, esta vez ya de manera definitiva. En nuestra fragilidad económica, un grupo fraguó una idea autodestructiva: incendiar la tribunita que habíamos reconstruido para que al menos, antes de dejar el lugar, cobráramos el seguro. Un grupo acudió a la cancha con velas y diarios para prender fuego los tablones, pero una sudestada canceló el plan. En 1914 alquilamos el estadio de Ferro, en el centro geográfico de la ciudad, y entre 1915 y 1922 jugamos en nuestra nueva cancha de La Boca, otra vez pegados al agua y con los astilleros y los barcos de escenografía de fondo, aunque ya dentro del casco urbano, sin necesidad de que los jugadores e hinchas atravesaran puentes ni se subieran a botes. En varios de esos años, de 1916 a 1922, nuestra casa y la de Boca Juniors —que no tenía su ubicación actual— estaban a tres cuadras de distancia.

Entonces llegarían otros dirigentes que tomarían decisiones clave para nuestro gran salto adelante. Uno de ellos, José Bacigaluppi, en 1923, a mitad de su primera presidencia de 1921 a 1925, impulsó la mudanza a un terreno más amplio en Recoleta, sobre la avenida Alvear —hoy Figueroa Alcorta, enfrente del actual edificio de la TV Pública—, fundamental para que ya no fuéramos un club de un único barrio sino uno de toda la ciudad, además con tenis, natación y múltiples disciplinas. Sería la apertura a otras características de

nuestro futuro: actividades polideportivas y vida social. «River Plate, templo de la cultura física, es el club con más socios», señalaría *Él Gráfico* en 1930, el inicio de una saga que décadas después continuaría con apellidos ilustres del deporte argentino, por ejemplo, Mary Terán de Weiss y Gabriela Sabatini.

Y ya en la era profesional del fútbol, cuando arrastrábamos multitudes, nuestros jugadores eran estrellas del deporte argentino y nos llamaban —y nos llamábamos— Los Millonarios, llegaría el golpe maestro con Antonio Vespucio Liberti y José Degrossi, los presidentes que se alternaron el liderazgo institucional entre 1933 y 1953: la mudanza definitiva a Núñez o, según los catastros de la ciudad, Belgrano, en 1938. Aquel proyecto ciclópeo en los márgenes de la ciudad, también pegado al Río de la Plata pero en un terreno pantanoso al que recortes periodísticos calificaban como «la Siberia», llamaba tanto la atención que los fundadores de La Rosales y de River reunidos por *El Gráfico* para aquel reencuentro en octubre de 1937 decidieron visitarlo. Muchos de ellos no se veían desde hacía un cuarto de siglo —trabajaban como arquitectos, ingenieros, gerentes de bancos, comisionistas o empleados públicos o de empresas— y les daba curiosidad la nueva obra que los diarios comenzaban a calificar de monumental estadio, un adjetivo que luego se convertiría en sustantivo propio. El periodista y el fotógrafo de la revista, que los habían reunido frente al local de La Boca en el que se fundó La Rosales y en nuestra primera cancha en la Dársena Sur —ambas, entonces, ya

desparecidas—, acompañaron a Pedro Martínez, Zanni, los hermanos Antelo y ocho compañeros más en su viaje hacia el norte de la ciudad. Faltaba un año para la inauguración del Monumental, que sería en mayo de 1938, pero la mole de hormigón ya tenía forma, en especial las plateas laterales: primero se construyó la San Martín y, luego, la Belgrano.

Ya en el lugar, sobre la vereda de la avenida Centenario —hoy Figueroa Alcorta, pero de la que entonces se tomó el nombre para la tribuna, todavía vigente, a la que se accede desde esa calle—, el grupo se presentó y pidió permiso para entrar al predio en construcción. El encargado de custodiar las obras, que lógicamente no reconoció a esos hombres de traje, corbata y sombrero —de hecho, nadie los reconocía—, se negó. El periodista le explicó que eran los fundadores del club, los héroes que 36 años atrás habían creado el cosmos riverplatense. Incluso uno de ellos, Enrique Zanni, había sido presidente entre 1914 y 1917. Otros dos, Arturo Antelo y Bernardo Messina, le mostraron sus carnets: seguían siendo socios, uno con el número 0001 y el otro con el 0009. «Me importa un pito lo que sean, acá mando yo», respondió el empleado. Nuestros inventores tuvieron que mirar el estadio desde la vereda, al otro lado del alambrado, pero ya habían hecho lo más importante: ser amigos, tener una pelota, haber levantado una cancha y fundado un club.